



# JUAN DE PRADOS,

o

## CHASCO DEL ARRIERO.

### PRIMERA PARTE.

**E**N Valladolid famosa,  
tan rica de ciudadanos  
cuanto llena de edificios  
que fueron al mundo espanto,  
allí vivía un arriero  
que se llamaba Juan Prados,  
de estos que ganan su vida  
traginando con sus machos.  
Tenía una propiedad;  
cuando subía á caballo,  
se santiguaba diciendo:  
libreme Dios de los diablos,  
de enemigos y ladrones,  
de rodeos y peñascos,  
de traiciones y maldades,

de cuestras y de barrancos:  
y con estas bendiciones  
caminaba confiado  
que no tendría desgracia,  
pesadumbre, ni trabajo.  
La mujer tuvo gran cuenta  
muchos días escuchando,  
le dijo: marido mío,  
cuando vais á santiguaros  
¿por qué no pedis á Dios  
que os defienda de las manos  
de las mujeres, que somos  
mas astutas que los diablos?  
De la Cruz el diablo huye,  
el enemigo del lazo,



de la escopeta el ladron  
por las cuestas rodeando.  
Mas de las mujeres, cruces,  
lazos, escopetas, dardos,  
no bastan para librar  
al hombre de sus engaños.  
Juan Prados se disculpó  
diciendo: no os dé cuidado  
Juana Gutierrez aqueso,  
que por muchos hombres vaigo;  
no me dan penas mujeres.  
que bien conozco su trato;  
yo sé que no habrá ninguna  
que me toque en el zapato:  
soy Zahorí con las viejas,  
con las viudas lapidario,  
con las doncellas Macías,  
con las taimadas taimado;  
hago recetas á muchas  
fingiendo ser boticario,  
sin ser médico las curo  
haciendo de gracia emplastos:  
no soy de estos arrieruelos,  
que llevan á real de á cuatro  
por la arroba hasta Madrid,  
porque yo soy jubilado,  
y así no me acuerdo de ellas  
cuando mis jornadas hago;  
porque todas me conocen,  
y saben que soy Juan Prados.  
Ausentóse, y la muje.  
dijo: por vida de entrambos,  
que me lo habeis de pagar  
antes que se acabe el año.  
Llamó una parienta suya,  
y dióla cuenta del caso,  
y ambas de conformidad,  
solemne burla trazaron.  
Tuvieron para la noche,  
porque volveria cansado,  
aderezada una cena  
como para veinte y cuatro:

mucho pernil de tocino,  
diferencia de adobados,  
chorizos de Estremadura,  
jamón de Rute estremado,  
aceitunas sevillanas,  
nueces de Fuentes del Arco,  
una ensalada italiana,  
salchichón napolitano,  
mil diferencias de cosas  
ajenas de lo ordinario,  
todo muy apetitoso  
para brindar y echar tragos.  
Vino tinto de Zamora;  
de Alarejos vino blanco,  
haciendo mistura de ellos  
para poder derribarlo.  
Llegó la noche, y en ella  
Juan Prados bien fatigado  
del camino, tan sediento  
y hambriento él, y sus machos;  
Juana Gutierrez salió,  
echóle al cuello los brazos,  
dijole dos mil requiebros,  
dióle de cenar temprano.  
Sentóse luego á la mesa  
que estaba puesta en el patio,  
y pidiendo de beber  
no habia descuido en darlo.  
Sentia fuerza en el vino,  
y cuando pedia aguado,  
en lugar de agua le echaban  
vino blanco de tres años.  
Comió poderosamente,  
y obró tanto lo salado,  
que un tudesco parecia  
según daba priesa al jarro.  
Llegó el calor á su punto,  
dióle el vino tal zarpazo,  
que con los ojos alegres  
hacía tornasolados.  
Miraba al Cielo y decia:  
¿no veis qué de hombres armados



bajan? dad acá mis armas,  
Juana Gutierrez, ¿qué aguardo?  
hacia una mona alegre,  
era donaire escucharlo:  
veía de un candil diez luces,  
de una teja diez tejados.  
Levantóse de la mesa,  
tomó una vara en las manos,  
y se puso de manera  
como esgrimidor taimado.  
Daba lección á su sombra  
diciendo tira ese tajo,  
saca afuera el pie derecho,  
entra de revés tirando:  
estocada uñas arriba,  
revuelve uñas abajo,  
cuchillada de mandoble,  
mete el pie izquierdo de un salto:  
entra con furia, revuelve,  
buena dale á tu contrario,  
hiere el pecho descubierto,  
asienta, y venga ese cuarto.  
Cansado ya de esgrimir  
dió con su cuerpo un porrazo,  
y con él vido mas luces,  
que el día de Todos Santos.  
Acabado de caer,  
las mujeres le raparon  
las barbas y los bigotes  
y en la cabeza un pedazo.  
Una corona le abrieron  
como fraile de san Pablo,  
y hecho tenía al momento  
de la misma orden un hábito.  
Vistiéronlo, y parecía  
un reverendo frailazo.  
Y entre las dos le subieron  
en el uno de sus machos.  
Dieron con él extramuros  
junto el gran Lázaro el santo,  
y dejándole sujeto  
á las escarchas del campo,

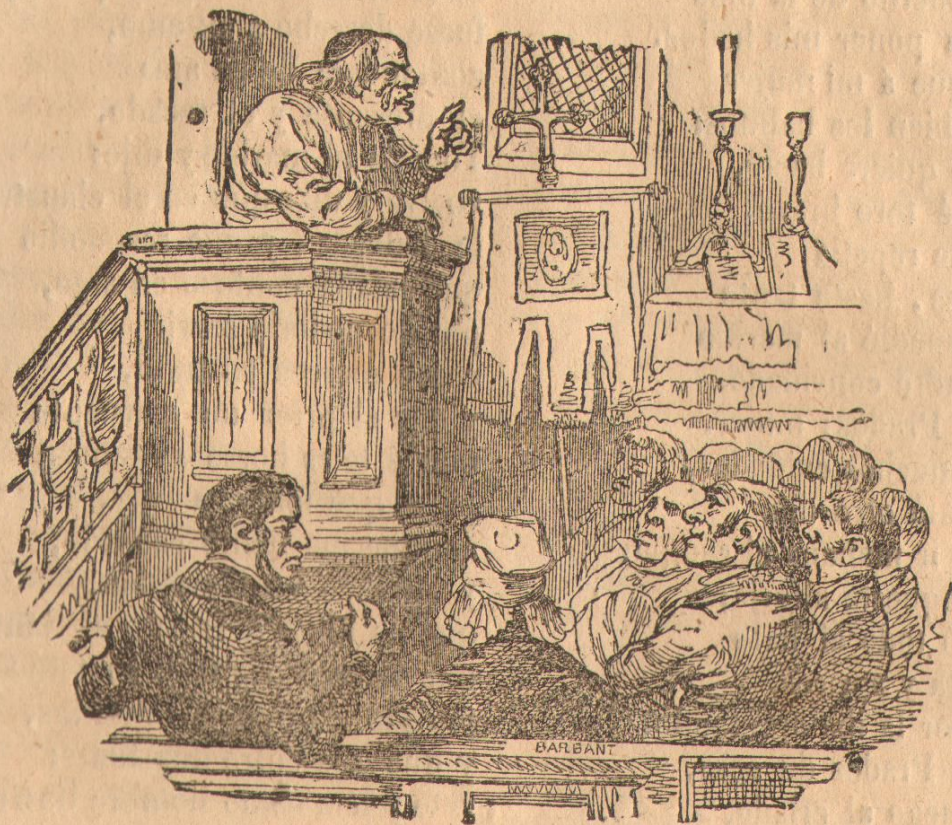
Las mujeres muy risueñas  
volvieron y se acostaron,  
y él triste, la fría noche  
la sentía tanto cuanto.  
Cerca de la madrugada,  
con el fresco demasiado,  
el vino perdió la fuerza,  
porque son grandes contrarios.  
El buen fraile poco á poco  
las barbas se iba tentando,  
diciendo: ¡Válgame Dios!  
¿qué es esto, no soy Juan Prados?  
¿cómo no tengo bigotes?  
¿quién las barbas me ha rapado?  
¿pues no soy arriero yo?  
no lo soy, pues que me hallo  
con estos hábitos puestos.  
Dios ha hecho algun milagro,  
y sin duda que me quiere  
para convertir paganos;  
pero si no sé latín  
ni leer en los bréviarios,  
¿qué tengo de convertir?  
Dios me ayudará ¿qué aguardo?  
Levantóse muy confuso  
ya que el día estaba claro,  
y viendo que á mucha priesa  
venía un fraile descalzo,  
llegóse al descalzo, y dijo:  
Deo gratias, Padre, y turbado  
le preguntó ¿qué quería?  
Dijo: saber dónde vamos.  
Díjole el descalzo entonces:  
para Simancas me parto  
á decir Misa mañana,  
por ser día de san Márcos,  
y me holgaría infinito,  
si es predicador, que ambos  
hiciéramos el Oficio:  
Juan Prados dijo: sí, vamos.  
Fuéronse ambos á Simancas,  
y el cura regocijándose



al nuevo Predicador  
le recibe entre los brazos.  
Diéronle una librería  
en que estudiase algun rato;  
tocaron luego al sermon,  
la campana hacian pedazos.  
Juan Prados abrió los libros  
y todos los fué hojeando,  
dándole al diablo las letras,  
cura, fraile y convidados.  
Cenó, y sin mirar mas libros  
se acostó desesperado  
en una cama curiosa,  
hecha con grande regalo.  
Durmió como un descosido,  
vestido y puestos los hábitos,  
que es ordinario en arrieros  
acostarse con zapatos.  
Despertóle la campana,  
que daba grandes golpazos,  
clamoreando el sermon:  
dijo la misa el descalzo;  
pero tomando el arriero  
un Breviario en la mano  
dejando burlado al pueblo  
se salió de él paso á paso.  
Acabado el Evangelio,  
la gente estaba esperando  
y el buen padre los dejó  
sin sermon y sin Breviario.  
Sintieronlo mucho todos,  
y la burla celebraron:  
Juan Prados, siendo ya noche,  
en Valladolid se ha entrado.  
Fuése derecho á su casa,  
y poco á poco llamando,  
se asomó Juana Gutierrez,  
y dijo: ¿quién ha llamado?  
¿quién está ahí? Respondió:  
abre, mujer, que yo llamo.  
¿Fraile en mi casa? Deo gratias:  
váyase el padre bigardo,

que si llamo á mi marido  
haré le dé muchos palos.  
Mujer, que Juan Prados soy,  
abridme que soy Juan Prados.  
Respondió Juana Gutierrez:  
nire no le tire un canto,  
que le suma la capilla  
juntamente con los cascós.  
Dijo el marido: señora,  
juro á Dios que no os engaño;  
Juan Prados soy, y por señas  
tengo un lunar en el brazo.  
No pudo sufrir la risa,  
viendo cuento tan gallardo,  
y luego le abrió la puerta  
y entró padre fray Fulano.  
Todavía pensativo  
se entró, sentóse y cenaron,  
y por postre de la cena  
el suceso le contaron;  
diciéndole que mirase  
si son las mujeres diablos,  
para santiaguarse de ellas  
cuando subia á caballo,  
y que huyese de sus mañas,  
que no se alabase tanto,  
que si quiere una mujer  
hará de un diablo cuatro.  
Santiguóse el arriero,  
quedó confuso y turbado,  
haciendo en ella mas cruces  
que hay en el Monte santo.  
Estúvose dentro en casa,  
mientras las barbas brotaron  
quince dias, en los cuales  
sucedió un cuento galano,  
que verá el lector curioso  
en otro Romance raro,  
donde con ardid notable  
se satisfizo el buen Prados,  
de la burla tan pesada  
que su mujer le ha ordenado.





# JUAN DE PRADOS,

ó

## CHASCO DEL ARRIERO.

### SEGUNDA PARTE.

**P**icado Juan Prados luego de aquel tan pesado chasco que su mujer le dispuso, despícase quiso honrado. Y fué que en san Pablo hubo primero día de mayo, un sermón maravilloso del Apóstol Santiago. Predicó un fraile docto con un desenfado extraño; mozo, buena voz, discreto,

digno de ser celebrado. Juana Gutierrez se halló en la fiesta, contemplando la voz del predicador, cuyos ecos le gustaron. Enamoróse del padre, vino á su casa alabando á su marido tal gracia, boca, discrecion y garbo. Juan Prados lo entendió luego, y dijo: por Dios sagrado,



que en el cuerno de la luna  
me quieren poner mis hados.  
Sin duda que á mi mujer  
le parecen bien los hábitos:  
carnero me quiere hacer,  
mas yo seré toro bravo.  
La mujer le repetía  
mil donaires, hasta tanto  
que le persuadió al marido  
traiga al padre convidado.  
Dijo Juan Prados: mujer,  
yo tengo muchos cuidados,  
quédese para otro día,  
que quiero ir mañana al campo.  
Prevenid aquesta alforja;  
ella ordenó todo el hato  
muy solícita y apriesa,  
que el amor la iba apretando.  
Salió Juan Prados de casa,  
y apartó luego al criado,  
y díjole: ¿tú has de hacer  
un hecho como Romano.  
En Valladolid me quedo,  
y te daré diez ducados  
si me guardas el secreto,  
y haces como fiel criado.  
Tú me tienes de decir  
todos aquellos recados  
que mi mujer te mandare  
en el castillo te aguardo.  
El criado prometió  
hacerlo con gran recato:  
despidióse de él, y el mozo  
vino á casa, y en entrando,  
le dijo Juana Gutierrez:  
amigo, corre volando,  
y dale aquestos pañuelos  
al predicador fulano:  
dirásle luego en saliendo  
que yo le beso la mano,  
y que para cierto intento  
dentro en mi casa le aguardo.

Salió el mozo con gran priesa,  
fuese derecho á su amo,  
contándole de su ama  
el presente y el recado.  
Tomóle el marido y dijo:  
vuelve y dila que en el claustro  
le hallaste, y que respondió  
que estaba confuso en algo,  
por no poderla servir  
como merece su trato,  
y que el prior no consiente  
que á tales horas salgamos;  
pero que mañana voy,  
aunque me siento cansado,  
y predico en Gavaldon,  
que es junto á Lázaro el Santo:  
que lleve con que almorcemos,  
porque estaremos cansados,  
y que sea entre dos luces:  
vete y haz como hombre honrado.  
Era el mozo socarron,  
y dando parte del caso,  
á su ama, comenzó  
á prevenir el canasto.  
Mató una gorda gallina,  
hizo rellenar un ganso,  
lavóse bien por la noche,  
vistióse toda de raso.  
Juan Prados se aderezó,  
púsose su hábito blanco,  
y llevóse en una manga  
un garrote de tres palmos.  
Fué el primero á la estacada  
aguardando á su contrario,  
la cual llegó muy alegre  
al cabo de poco rato.  
Viendo al fraile, se llegó  
haciéndole mil halagos,  
á quien el marido astuto  
recibió con muchos palos.  
Meneóla las costillas,  
diciendo con ecos raros:



acude á vuestro marido,  
no busqueis tres piés al gato,  
noramala para vos,  
no os den los frailes cuidados;  
otra vez no os acontezca  
sacar frailes coronados.  
No seais mala mujer,  
acude á vuestro trabajo;  
ella entendió que era el fraile,  
y estaba toda temblando.  
Molióla todos los huesos,  
porque la daba á dos manos,  
á cuyos golpes huyó  
Juana Gutierrez sin manto.  
Fuése á casa y acostóse  
hizo llamar cirujanos,  
y á otro dia su marido  
vino muy disimulado:  
preguntó por su mujer,  
dióla á ella un sobresalto,  
y al fin el marido alegre  
la hizo curar despacio.  
Sintiéndose algo mejor,  
dijo el marido, apropiado  
es, señora, áqueste tiempo,  
si á este fraile convidamos;  
mañana se ha de traer  
si os agrada. Mi Juan Prados,  
por Dios te pido no venga,  
que me moriré de espanto  
no le traigais á mi casa,  
dejadlo, amigo, dejadlo,  
que ya me enfada su nombre,  
y me ha enfadado su trato.  
El marido porfiaba,  
y con ella pudo tanto,  
que dijo que le tragese  
con cuatrocientos mil diablos.  
Fué Juan Prados al momento,  
y al predicador llamando,  
á comer le convidó,  
y que fuese allá temprano,

que se llevase un hisopo  
y una reliquia de un Santo,  
porque estaba endemoniada  
su mujer desde el verano.  
Pidió licencia al Prior;  
dióselá, tomó su encargo,  
y fuése á comer con ellos;  
y luego que hubo llegado,  
se halló con la mesa puesta,  
y aderezados los platos.  
Juana Gutierrez sentada,  
y sentida de los palos  
Sentáronse por su órden  
todos tres, y comenzaron  
á comer con regocijo.  
Juana Gutierrez, temblando,  
de cuando en cuando ponía  
un leño de cinco palmos  
hácia el fraile, á quien mostraba  
una cara de ahorcado.  
Tenia baja la cabeza,  
y entre sí estaba hablando,  
jurándosela con gestos,  
con ojos, dedos y manos.  
Acaso faltó en la mesa  
maliciosamente un vaso:  
daba Juan Prados mil voces,  
no respondiéndolo el criado,  
colérico levantóse  
á buscarle, y entretanto,  
Juana Gutierrez se alzó,  
puestos los brazos en alto.  
Levantóse de puntillas  
hácia el triste convidado,  
diciéndole: ¿cómo, infame,  
traidor, arrogante falso,  
de las mujeres honradas,  
hacen burla hombres honrados?  
Esto mereció mi amor  
por descubrirme á un bellaco?  
vive Dios que he de molerle.  
Estaba el fraile temblando,



148  
y la mujer arrojóle  
hacia la cabeza un plato.  
El padre sacó el hisopo,  
y al demonio conjurando,  
hisopeaba á la triste,  
rezando en el Breviario,  
y el Asperges repitiendo,  
decia el Te Deum, laudamus:  
lástimábase de verla,  
y ella arrojábale platos:  
santiguábase mil veces,  
las Letanías rezando,  
decia: Jesús, señora,  
confesad vuestros pecados.  
Y vióse tan afligido  
el fraile de ollas y bancos,  
que bajó por la escalera  
con mayor furia que un rayo.  
Siguióle Juana Gutierrez,  
el fraile atemorizado  
se fué para su convento  
con el paso apresurado.  
Juan Prados, astutamente  
lo estaba todo mirando;  
lleno de risa salió  
menudeando los pasos,  
hizo piernas en la sala,  
caló el sombrero muy bajo,  
y con una risa falsa

remuquetes apuntando,  
la dijo, qué hay, mi señora?  
tan malo era el convidado?  
¿tratóla mal algun dia  
en el Espíritu Santo?  
¿dióla algunos palos? diga:  
advierde que quien dió palos  
fui yo, no se escandalice,  
que pienso darle otros tantos;  
que mujer que se enamora  
teniendo marido honrado,  
pena semejante es poca  
y aun estar en un cadalso.  
Tambien burlar al marido  
con hábito de san Pablo,  
aunque sea un pobre arriero,  
no os ha sido bien contado.  
Dióla por aquella burla  
con un rodrigon tostado  
media docena de muertos,  
que la avivaron los lados.  
La mujer, con la razon,  
ambas rodillas juntando  
en el suelo, le pidió  
perdon de enojos pasados.  
Juan Prados la perdonó,  
Juana Gutierrez callando,  
vivió con él muchos dias,  
y fueron buenos casados.

**FIN.**

Carmona, 1865.

Imp. y lib. de D. J. M. Moreno, Madre de Dios, 1.